



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

Maldita escalera

Anwar Hawach Umpiérrez



PRIMER PREMIO 2019

Maldita escalera

Anwar Hawach Umpiérrez

Maldita escalera

Fernando Vallejo

Lo último que sentí fueron sus manos en mi espalda. Sabía que mi nombramiento traería muchas alegrías, pero en el fondo también era consciente de que podía despertar viejas heridas que todavía no habían cicatrizado. Sin embargo, la burbuja de la euforia ciega al más avisado. No sé cuántas veces nos habíamos quejado de la falta de un pasamanos en aquel tramo de escaleras. Llegar hasta el edificio anexo donde se encuentra mi despacho, me obligaba a diario a subir y bajar aquellas endiabladas escaleras. Cierto es que podía dar la vuelta a la biblioteca y tomar un camino más largo, pero la comodidad, al igual que la euforia, ciega al más precavido.

Intento recordar las formas de las manos en mi espalda, pero mi memoria se esfuma como el encinar de Machado. Y eso que siempre me había considerado una persona con una capacidad de observación fuera de lo común. Durante unos segundos, antes de que aquellas manos me llevaran a donde no tenía pensado llegar todavía, imaginé a mi compañero de departamento. Los dos habíamos llegado al mismo tiempo a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Los dos incluso habíamos estudiado juntos en esta misma universidad. Filología nunca fue una carrera muy demandada y no existía la competencia, o eso creía yo. Pasamos unos años de estudiantes bastante divertidos, aunque, diciendo la verdad, porque ahora no creo que ya moleste a nadie el decirlo, mi expediente era infinitamente mejor al suyo. Mi ambición nunca pasó por pisar a nadie. Nos licenciarnos el mismo año. Fuimos a la Complutense a realizar el CAP y empezamos el doctorado a la vez. En este momento nos empezamos a distanciar. Mi tesis giraba en torno a la obra *Historia de una escalera* de Antonio Buero Vallejo (qué irónica es la vida) y él estuvo saltando de tema en tema hasta que consiguió hacer algo medianamente aceptable por un tribunal. No recuerdo el título de su tesis, pero sí sé que a mí las puertas se me abrieron más que a él. Dos amigos, dos compañeros, una plaza. ¿Motivo suficiente? ¿Sus manos en mi espalda?

No creo que tardara mucho tiempo en recorrer aquel pequeño tramo, pero mi cabeza fue más rápida que mi cuerpo y olvidé por completo el nombre de mi compañero y apareció en mi mente otra persona. Manos pequeñas, frías. Las escaleras de entrada al edificio de Humanidades fue nuestro

primer lugar de encuentro. ¿Otras escaleras del mismo edificio fueron las últimas? Estoy cogiendo fobia a las escaleras. Mi primer día en esta universidad me recibió en las escaleras del Edificio Millares Carlo. Un beso sonoro y un apretón de manos presagiaban una bonita amistad. Pasamos por delante de la conserjería donde una mujer sonriente con el pelo rubio recogido saludó a mi jefa y me dio la bienvenida. Ahora recuerdo sus manos, también pequeñas, llenas de folios, llaves, bolígrafos y sobres. ¿Podrían ser esas manos? Espero que no. Dos mujeres que entraron en mi vida el mismo día y a las que nunca di un solo quebradero de cabeza. Aunque, pensándolo mejor, hay veces que mi carácter no es el más afable de todos y puedo llegar a eclipsar a cualquiera que se interponga en mi camino. A mi favor tengo que decir que no siempre lo hago de mala fe. Los que nacemos así, tenemos que aprender a vivir con este superpoder y muchas veces es difícil canalizarlo. ¿Pudo mi jefa sentirse eclipsada? Jamás ansié ese puesto. Lidar con tanta gente distinta no entra en mi vocación; bastante tengo con enfrentarme a mis alumnos como para pensar en hacer lo mismo con mis iguales. ¿Pudo alguna vez la conserje sentirse menospreciada por mí? Aquí no puedo negarlo, porque seré simpático y extrovertido, pero la soberbia me puede. Y hay ocasiones que mi forma de hablar puede destilar engreimiento, por no poner otros sustantivos igual de desagradables que me definirían a la perfección.

Cuarenta años creyéndome una persona cercana y socialmente atractiva y en dos segundos mi mundo se desmorona. Dos segundos para darme cuenta lo soberbio, engreído, ambicioso y desagradable que soy. Mi mente entra en bucle y descubro que verdaderamente el hombre puede llegar a ser un lobo para el hombre. ¿Manos en mi espalda? ¿A traición? ¿Por qué no se atrevió a hacerlo de frente? No sé si me llega a consolar, pero hay gente peor que yo.

Esa misma mañana tuve mi mayor discusión a escasos metros de aquellas fatídicas escaleras. El despacho de la vicedecana se encuentra en la planta baja, pero hay que subir unos cuantos escalones. Vuelve la fobia. Espero que a donde vaya no haya escaleras, ni escalones, ni peldaños... Ese despacho fue testigo de mi último enfado. Cuatro mesas repletas de papeles que se hacían día tras día sin que nadie les dedique una mirada compasiva. Papeles que lo único que inspiran es tedio, apatía, indiferencia, e, incluso, un poco de asco. Aunque a mí me despierta peores sentimientos la mujer que se sienta detrás de la mesa del fondo. ¿Cómo he podido soportar estos años tanta insolencia y arrogancia personificada en una mujer? Cara bondadosa, trabajadora incansable, corazón frío, manos amargas. La misma amargura que estoy sintiendo ahora en estas escaleras infinitas. No me cabe duda. Fue ella.

O no.

Estos dos segundos se me están haciendo eternos. ¿A qué velocidad viaja la mente humana? Por favor, deja de pensar. Se me vienen ahora varios rostros de alumnos a los que he humillado. ¿Por qué se vuelve humillación lo que hace un minuto no era más que una simple anécdota? Nunca había pensado que mis comentarios pudieran herir a nadie. Siempre he estado por encima del bien y del mal. Ahora descubro que no. El universo es sabio y pone a cada uno en el lugar que se merece. ¿Pero me merezco yo lo que me está pasando? Maldigo las manos que me empujaron y maldigo estas escaleras que me obligan a poner punto y final a una historia que yo creía que estaba empezando a escribir.

Ya pasó un segundo desde que esas manos se pusieron en mi espalda. ¿Un segundo? La velocidad de mis pensamientos vence a la fuerza de la gravedad. Intento recordar el primer momento. Miro hacia atrás y no consigo distinguir al dueño de esas manos. ¿Mi compañero? ¿La jefa del departamento? ¿La conserje? ¿La vicedecana? ¿Algún alumno? Estoy empezando a pensar que me merezco este empujón. Aunque qué más da ya.

Mi cuello no resiste el golpe contra los escalones. Un crujido sordo y hueco es la última nota de la melodía de mi vida. Un crujido mortal que se mezcla con pisadas que se alejan de la escalera.

Maldita escalera.